

él era la biblioteca de babel*

jean françois lyotard //

Traducción de CONSUELO PABON

Su muerte me sorprendió cuando estaba tomando ideas de su libro *Cine 2, La Imagen-Tiempo*. Todos sus libros fueron hechos para que recojamos lo que estamos necesitando. Y sobre todo aquellas cosas que no sabíamos que necesitábamos porque ni siquiera se nos había ocurrido su existencia. Siempre encontramos, siempre encontraremos en la obra de Deleuze aquello que necesitamos. El mismo decía que leía para expropiar. Gran solitario, en su espacio de estudiante modesto, un sillón con una lámpara encima para leer, una mesa cualquiera para escribir, algunas veces un poco mundano, como son los misántropos, para reír. Estaba en relación direc-

ta con su tiempo, con todos los tiempos, gracias a la lectura. Leía para desviar, para hacer su escritura como se hace la cocina. Ningún día dejaba de escribir. Somos como los caballos, decía, todas las mañanas necesitamos nuestra avena para mascar. No tenía ningún prejuicio al leer ya que toda obra, hasta la más contraria, era pensada por él de manera diferente: Sartre y Spinoza, Leibniz y Bergson, Sacher-Masoch, Marx, Beckett. Era él la Biblioteca de Babel pero sin la preocupación de tener al día el fichero; al contrario, Deleuze le añade, lo hace desbordar. No tenía prejuicios pero sí aversiones, la aversión hacia lo mismo, la aversión hacia cualquier pensamiento amarrado a alguna trascendencia. Freud, ante todo. Y fabrica con Guattari un Kafka cómico, un alma en el cuerpo, una ley ignorada, un padre denegado por sus hijas. Para él toda sabiduría era de inmanencia. Nada más odioso que

los maestros, los portavoces. La teoría siempre la pensó como un montaje de ideas improbable, provisorio, producido en el encuentro de líneas de fuga heterogéneas, siempre como una herramienta. Es su alianza secreta con el pensamiento inglés y su alergia a los pensadores de la historia.

No tenía un fin en esto o aquello. Hizo de Nietzsche el inventor de una temporalidad no diacrónica, como Proust con sus signos y los estoicos con los incorporales. Comienzo y fin son fútiles frente al Aion, el acontecimiento. La utilidad la medía por el aumento de potencias para inventar. No creía sino en una cosa: la creación. Analizaba los dispositivos en las ciencias, en el arte, en la literatura, en la filosofía. Sus análisis eran en sí mismos creaciones. Tenía el talento riente y generoso del genio. Siempre he pensado en él como uno de los dos genios de nuestra generación filosófica. Pero él nunca se preocupó por hacer reconocer su grandeza ya que vivía en lo minoritario.

Las instituciones lo espantaban, los proyectos colectivos, los aparatos: sabía que nunca funcionaban sino estropeados. Ese saber minoritario hizo posible la amistad con Foucault.

Poco a poco los estudiantes, los investigadores descubren la fecundidad, la fogosidad de este pensamiento en fuga. Su encanto le procuraba amigos que él leía y desvalijaba conservando una cualidad desconocida por ellos mismos o rechazándolos cortésmente luego de un tiempo como libros sin empleo que hacen la fila en el atrio. Era muy fuerte como para llegar a experimentar decepciones, resentimientos y afecciones negativas.

En este fin de siglo nihilista, él era la afirmación hasta en la enfermedad y en la muerte. Pero ¿por qué he hablado de él en pasado? El se reiría, se ríe, está acá. ¿Por qué he hablado de él en pasado? "Es por tu tristeza, idiota", me dice Deleuze.

* Publicado por el diario *Liberation*, París, 7 de noviembre de 1995.